

esta guerra, que no podía menos de ser muy sanguinaria, por una y otra parte. Fué un mal que nuestras armas estuviesen mandadas al principio por dos jefes independientes uno de otro, que no solo rivalizaban en reputacion y fama, sino que veian las cosas de un modo muy opuesto. Algo se reparó este mal con la ida de don Juan de Austria, y retirada del marqués de Mondejar; mas aunque se habia dado al primero la suprema direccion de los negocios, todavía el marqués de los Velez estaba en comunicacion directa con la córte, de la que recibia instrucciones. Fué una felicidad la retirada de este personaje de la escena, y que se encomendase, en fin, el mando de las armas á un príncipe jóven, alentado, que deseaba adquirir fama, y que caminaba á su objeto por la via mas corta. A él se le debe la conclusion de esta guerra tan calamitosa. Quedó sujeta la tierra; pero *destruida y despoblada* (1), y aunque acudieron nuevos colonos á habitarla, todavía al cabo de cerca de tres siglos, se echan de menos sus antiguos moradores. De todos modos, no fué este el final desenlace de un drama tan triste y lúgubre. Nuevas miserias aguardaban á un pueblo, cuyo mayor crimen era el haber sido vencido, y criado en creencias muy diversas de las de sus vencedores. (2)

(1) Palabras de Hurtado de Mendoza: L. 4.

(2) Es sabido, que en el reinado de Felipe III fueron expelidos del reino, y trasladados al Africa todos los moriscos, en número de seiscientos mil; otro rasgo de *celo religioso*, que fué muy aplaudido en su tiempo, y hasta por Cervantes, quien puso por dos veces el elogio de esta providencia, en la misma boca de un morisco. (Ricote.)

CAPITULO XXXIV.

Asuntos de Italia -- Muerte de Paulo IV. -- Exaltacion de Pio IV. -- Idem de Pio V. -- Anima éste á los príncipes cristianos á la guerra contra el turco. -- Huerte de Soliman. -- Ascende Selim II al trono otomano. -- Expedicion de los turcos contra la isla de Chipre. -- Toma de la plaza de Nicosia. -- Sitio de la de Famagosta. -- Promueve el Papa una nueva liga entre España, la república de Venecia y su persona. -- Se ajustan las condiciones de la liga en Roma. -- Va el cardenal de Alejandria á Madrid. -- Confirma el rey las disposiciones del pontífice. -- Nomenclamiento de don Juan de Austria por generalísimo de la liga. -- Vuelve éste á Madrid de las guerras de Granada. -- Se embarca en Barcelona. -- Reunion en Mesina de las fuerzas de la confederacion. -- Salen en busca de los turcos. -- Batalla de Lepunto (1).

1559—1571.

GOZABA Italia de tranquilidad, mientras Francia, los Países-Bajos, Escocia y aun Inglaterra, eran teatro de tantas turbulencias. No se hallaban en ningun género de mútua hostilidad los diversos estados de aquella region en que ejercia el rey de España una influencia nada inferior á la que habia alcanzado Carlos V. Señor de Nápoles, de Sicilia y del Milanesado, unido por relaciones de familia con Octavio, duque de Parma, protector de los duques de Florencia, aliado antiguo de la república de Génova, donde los Dorias se hallaban en la clase de sus primeros servidores, se podia casi considerar, exceptuando á Venecia y los Estados pontificios, como el monarca y árbitro de Italia. Conservaba buena armonía con aquella república, tan ocupada á la sazón en sus guerras con los turcos. En cuanto á los Estados pontificios, ya se ha visto con cuánta gloria de sus armas habia ajustado ó mas bien concedido paces al papa Paulo IV. Murió este fogoso pontífice, antes enemigo encarnizado, tanto de

(1) Cabrera, Herrera, Ferreras, Vanderhammen, en su vida de don Juan de Austria y otros.

Carlos V como de su hijo, á mediados del año 1559. Duró muy poco el cónclave reunido para elegirle sucesor, y en octubre del mismo año fué exaltado á la silla pontificia el cardenal Angel de Médicis, que con el nombre de Pio IV gobernó la Iglesia. No se mostró este pontífice enemigo de Felipe II como lo habia sido su predecesor, puesto que á la mayoría de los votos de la parcialidad del rey era deudor de su alto puesto. Bajo los auspicios de este Papa se celebró por los años de 1562 y 1563 el segundo concilio de Trento, ó mas bien la continuacion del primero, tan ardientemente solicitada por el rey de España, á quien el estado de las nuevas sectas religiosas en Europa causaba tal vez mas inquietud que al mismo Papa. De lo actuado en este concilio hemos dado una sucinta relacion en su debido tiempo. Tambien se hizo mencion del puesto preferente que con este motivo se dió á los embajadores de Francia sobre los de España, siendo notable esta particularidad para hacer ver el celo que animaba al rey católico en la celebracion del concilio; pues á pesar de un desaire tan depresivo de su dignidad, no se mostró menos activo en mandar la pronta ejecucion de lo determinado y decidido por sus Padres. No entraremos en mas pormenores sobre Pio IV, que murió en el año de 1566, despues de siete años de reinado. Tardó muy poco en ser elevado á la silla pontificia el cardenal de Alejandria Miguel Ghisleri, fraile dominico, que tomó á su exaltacion el nombre de Pio V, tan famoso en la historia de aquel tiempo, como en los anales del pontificado. Fué este Papa de carácter duro, intolerante en cuanto decia relacion á las prerogativas de la Iglesia. Con el rey de España mantuvo buena inteligencia, á pesar de que habiéndose suscitado de nuevo en Roma la cuestion de precedencia entre los embajadores de España y Francia, se decidió en favor de esta última potencia, sin duda porque irritado su rey, no resultase perjuicio á la religion católica tan amenazada en sus estados. Sufrió el desaire el rey de España, sin

tomar otra satisfaccion que mandar á su embajador se presentase á la audiencia del Papa en distintos dias que el de Francia.

Se distinguió sobremanera el Papa Pio V por su celo en armar los príncipes de la cristiandad contra las fuerzas de los turcos, no menos temibles sobre el mar que por sus ejércitos de tierra. Maravilla causa, y es sin duda uno de los grandes fenómenos de la historia moderna, asi como el descrédito de Europa, el que un pueblo salido poco mas de dos siglos antes de las faldas del Cáucaso, hubiese llegado al punto de ser objeto de terror para tantas naciones poderosas. Si sus conquistas por tierra admiran por su rapidez y sucesion no interrumpida, asombra cómo se hicieron tan pronto con fuerzas navales para ser una potencia marítima, acaso la primera del Mediterráneo. Ya el conquistador de Constantinopla habia hecho escursiones en varias islas del Archipiélago, y llevado sus medias lunas victoriosas á las mismas costas de Nápoles, asolada en varias partes con sus desembarcos. Sobre bajeles condujo Selim I la mayor parte de las tropas que le conquistaron el Egipto. Ya hemos hablado de las importantes adquisiciones que hizo Soliman el Magnífico, de varios puntos importantes del Mediterráneo, de su toma de Rodas, de los diversos desembarcos en las costas de Nápoles, de Menorca, de Córcega, de la Morea, bajo la direccion de sus capitanes y los famosos Barbaroja y Dragut, que obraban en todo bajo sus auspicios. Si las armas de este célebre conquistador retrocedieron delante de Malta, se podia pensar que de un momento á otro volviesen con fuerzas formidables. Temia esto sin duda el Papa Pio V, cuando envió al gran maestre de la Orden de Malta, La Valette, un gran socorro de hombres y dinero para la construccion de la nueva fortaleza. Por sus consejos se animó el rey de España á enviar considerables refuerzos á las diversas guarniciones de las costas de Africa.

Terminó el miedo de una nueva invasion en Malta

con la muerte de Soliman (1) en el sitio de Szigheth, plaza fuerte de Hungría, en el año de 1666; mas aunque su sucesor Selim II le era muy inferior en capacidad y en ambicion, no daba muestras de dejar oscurecerse bajo su dominio la gloria esclarecida de los otomanos. Conservaba el imperio toda su grandeza, y las mismas disposiciones que su predecesor anunciaba el nuevo sultan, de ensanchar mas y mas los limites de su poder marítimo. Habia comenzado con una expedicion sobre la isla de Chipre, en posesion entonces de los venecianos. La mandaba Piali al frente de ciento y sesenta galeras, cincuenta galeotas, ochenta bajeles de carga, que llevaban á bordo cincuenta mil infantes á sueldo, entre ellos siete mil genizaros, y otros treinta mil turcos de milicias ordinarias. En julio de 1570 llegó la expedicion á Chipre, y el ejército turco se presentó delante de los muros de Nicosia, plaza poco fuerte, defendida por mil quinientos italianos, á sueldo, tres mil cipriotas, dos mil y seiscientos vecinos del pueblo, y mil y quinientos soldados pagados de los alrededores. Fueron furiosas las embestidas de los turcos. A las cuarenta y ocho horas de sitio ya habian dado cuatro asaltos, siendo el resultado del último la toma de la plaza. Dieron los turcos muerte á los italianos y cipriotas nobles, á treinta mil del vulgo, é hicieron veinte mil cautivos, despues de haber entrado la ciudad á saco y cometido todos los horrores propios de tropas tan feroces.

(1) Algunos, y entre ellos el principe Demétrio Cantemiro, en su Historia de los emperadores turcos otomanos, dan á este sultan el nombre de Soliman I y no II. Mas es un hecho que Soliman, hijo primogénito de Bayaceto I, prisionero en la batalla de Ançy-ra, reinó despues de esta ocurrencia sobre una gran parte de los dominios de su padre, aunque no recogió toda la sucesion, que le fué disputada por su hermano Mouza. Tal vez por la circunstancia de esta guerra civil, ó porque Soliman no recibió la investidura solemne del título de Sultan, dejan algunos de incluirle en el catálogo de los emperadores; mas otros le reconocen como tal, llamando Soliman II al mencionado en esta historia.

Mientras los turcos despues de tomar la plaza de Nicosia se preparaban al sitio de la de Famagosta, salieron los venecianos de las costas de Dalmacia, y llegaron á Corfú, donde se les unió Juan Andrés Doria con sus galeras y las del rey de España, llevando en ellas cinco mil españoles y dos mil italianos, provistos abundantemente de víveres y de municiones. Tambien se incorporaron en la expedicion algunas galeras del pontífice, mandadas por Marco Antonio Colonna. Salió de Corfú la escuadra combinada, y en agosto de 1570 llegó á la isla de Candía, posesion asimismo de los venecianos. Allí supieron la toma de Nicosia por los turcos, y con este motivo se propuso en el Consejo que saliesen en busca de la escuadra enemiga, para poner á salvo los intereses de aquella isla tan amenazada. Igual resolucion tomaron los turcos de salir al encuentro de la escuadra combinada; mas sea por la poca voluntad con que obraban unos y otros, sea por desavenencias de los jefes, ó por los estragos que hacia la peste en la gente de ambos bandos, llegó el invierno sin ocurrir encuentro alguno entre los cristianos y los turcos. Se retiró Piali con su armada á Constantinopla, despues de dejar en Chipre todos los aprestos para el sitio de Famagosta, y los de la escuadra combinada volvieron á sus puertos.

Existia, pues, una alianza de hecho entre el rey de España, el pontífice y la república de Venecia contra el turco. Mas no estaba cimentada esta union en capitulaciones expresas, ni hasta entonces habian obrado las tres naciones con todo el vigor correspondiente. Era inminente el peligro que amenazaba á la cristiandad, y llegado el caso de imponer de una vez á los turcos con un armamento formidable. Cupo la gloria de dar el primer impulso para esta grande obra al Papa Pio V. A sus ruegos se reunieron en Roma los comisarios de la liga, y á presencia del pontífice les espuso en un consistorio el cardenal Granvella los motivos poderosos que debian animar á los príncipes cristianos para armarse nuevamen-

te contra el turco. Hizo aquel cardenal, como hombre hábil y diestro en la elocuencia, una pintura vivísima de los males y desastres que habia hecho sufrir á todos los pueblos de la cristiandad aquella nacion tan feroz, enemiga de Dios y de la Iglesia. Enumeró sus rápidas conquistas por tierra, sus atrocidades, de que habia sido víctima la misma generacion de entonces; y por todas estas causas, manifestó que era ya un deber hácia Dios y hácia los hombres, poner para siempre un dique á tal torrente de calamidades. Concluía su arenga exponiendo al Papa el servicio insigne que aguardaba la religion de su piedad, poniéndose al frente de una liga de príncipes para obrar de concierto en una expedicion tan santa.

Respondió el pontífice alabando el celo del cardenal Granvella, y declarando su resolucion de ser el primero en dar impulso á tan gloriosa empresa. Deploró lo mismo que el prelado las calamidades sufridas por la ambicion y ferocidad de los infieles; pero para animar mas el valor y celo de los príncipes cristianos, hizo mencion de las victorias que estos habian obtenido sobre las armas de los otomanos, entre los que tanto se habian distinguido el rey de Polonia Uladislao, los de Hungría, Matías Corvino y Juan Humiades, el famoso Scanderbeg, y sobre todo los caballeros de San Juan en la defensa de su isla.

A pesar de la poca armonía que animaba á los comisarios, de las pretensiones exclusivas de las potencias de que dependían, logró el Papa que viniesen á un definitivo arreglo y continuasen la liga bajo determinadas condiciones. Fué el mismo pontífice quien las propuso, no queriendo adelantarse los enviados del rey de España, por ser la república de Venecia la principal interesada en la liga, ni los de esta última potencia porque no pareciese que se humillaban ante el rey católico. Por fin se convinieron en aprestar entre todos doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil hombres de infantería y cuatro mil caballos. Nombraron los venecianos por general de sus fuerzas á Gerónimo Zasse; el pontífice á Marco

Antonio Colonna, y el rey de España á su hermano don Juan de Austria. Mas como era preciso que un jefe supremo tuviese la direccion de la escuadra combinada, se suscitó un altercado entre los comisarios de Venecia y los del rey de España, alegando los primeros que tocaba hacer este nombramiento á la república, por ser la guerra publicada contra ellos, y los segundos que pertenecia al rey católico por su alta dignidad, y ser el que con mas fuerzas acudia. Compuso el pontífice la diferencia, y quedó nombrado don Juan de Austria generalísimo de la liga, debiendo de obrar en clase de su segundo Marco Antonio Colonna, jefe de las fuerzas del pontífice.

Se extendió con toda formalidad el tratado de la liga perpétua contra el turco y los Deyes tributarios de Argel, Túnez y Trípoli. Se redujeron los artículos principales, prescindiendo del contingente de la fuerza que cada estado debia aprontar, á los siguientes: Que estuviesen los generales con sus armadas á fines de marzo ó de abril del año 1571 en los mares de Levante; y en caso de atacar el turco alguna de las tres potencias coligadas, enviase la liga auxilio suficiente, ó fuesen todos si era necesario: que se presentasen en Roma los embajadores de la liga por otoño, para deliberar el plan de campaña para la primavera siguiente: que pagase el pontífice tres mil infantes, doscientos setenta caballos y doce galeras. De lo restante debia pagar el rey católico tres quintos, y los otros dos los venecianos: que diese la república al pontífice las galeras armadas y artilladas, pagándolas á dinero ó restituyéndolas en el mismo estado en que fuesen entregadas: que cada una de las partes contratantes presentase en campaña la mayor fuerza disponible, resarcándose de lo que escudiese al contingente señalado: que se comprasen los víveres donde mas abundasen en los estados de los confederados, sin que pudiesen los señores hacer esportaciones, á excepcion del rey para Malta, la Goleta y sus armadas. En caso de no hacerse la campaña y fuese atacado el rey ó la república por la

fuerza de los turcos, que acudiese el otro con cincuenta galeras de socorro. Si el rey hiciese alguna expedición sobre Argel, Túnez y Trípoli, ó la república sobre las fortalezas del mar Adriático, que le ayudase el otro con cincuenta galeras, debiendo tener la preferencia el rey de España, en caso de obrar en el término de un año. Si fuese atacado el pontífice, que se presentasen con todas sus fuerzas los confederados. Debía ejecutar el generalísimo de la liga lo que votasen los generales del pontífice, del rey ó de la república. No podía usar el generalísimo de estandarte propio, ni tomar otro nombre que el de general de la liga. Debía darse honradísimo lugar al emperador ó á los reyes de Francia ó de Portugal, y á las fuerzas con que cada uno contribuyese para aumentar las de la liga: que procurase el pontífice hacer entrar en ella al rey de Polonia y demas príncipes cristianos: que fuese el pontífice juez en cualquiera diferencia que se suscitase entre los confederados: que ninguno de ellos hiciese paces con los turcos sin participacion y consentimiento de los otros.

Después de ajustarse con toda solemnidad el tratado de la liga, envió Pio V á su sobrino Fray Miguel Bonello, cardenal de Alejandría, en clase de legado, á los demas príncipes de la cristiandad, exhortándoles en nombre de la fé cristiana á participar de las glorias de que se iban á cubrir las tropas de la liga. Después de haber cumplido con esta mision por Italia y Francia, se trasladó á España á presentarse al rey católico, para quien llevaba encargo especial de parte del pontífice.

Fué recibido el legado en España con todas las demostraciones posibles de obsequio y de respeto. Encontró en Barcelona al cardenal de Espinosa y á don Fernando de Borja, hermano del duque de Gandía, quienes le aguardaban de orden del rey para acompañarle hasta la corte. Salió el monarca á recibirle fuera de las puertas de Madrid, donde entraron juntos, acompañados y seguidos de los principales personajes, entre los que se hallaba don

Juan de Austria, ya de regreso de Granada. Se mostró muy inclinado el rey de España á favorecer en un todo las miras del pontífice. Confirmó por su parte todos los artículos del tratado de la liga, y de que estaba ya bien informado. En medio de tantas atenciones como entonces le rodeaban, había tomado sus disposiciones y hecho sus preparativos como convenia á quien iba á representar el principal papel entre las potencias coligadas. Había puesto de virey de Sicilia al marqués de Pescára, y conferido el mando del mar á don Juan de Austria; sustituyéndole en este cargo don Luis de Requesens, mientras el príncipe llegaba. Galeras, víveres, municiones, armas, pertrechos, todo se estaba acopiando para una expedición, la mas importante que hasta entonces habían presenciado aquellos mares.

Arregló al mismo tiempo el legado del Papa con el rey otros asuntos de orden inferior, mas que interesaban tambien mucho á Pio V. Acababa éste de dar el título de gran duque de Toscana á Cosme, duque de Florencia, sin la participacion del rey de España, quien no se manifestó irritado por una concesion que nada le perjudicaba. Asimismo solicitó el pontífice que se hiciesen observar en los reinos de Sicilia y Nápoles algunas disposiciones del concilio de Trento, y cuya observancia descuidaban las autoridades de los dos países. Tampoco esto fué oido con desagrado por el rey de España, para quien eran las decisiones del concilio de Trento tan respetables y sagradas.

No pudo entrar en esta liga contra el turco el emperador Maximiliano, por falta de bajeles: tampoco el rey de Francia, tal vez por el recuerdo de sus antiguas alianzas con la Puerta, ó por no tomar parte en una empresa donde se reconocia por jefe y capitán á una persona de la casa de Austria. Se redujo, pues, la confederacion al pontífice, á la república de Venecia y al rey católico, cuya cooperacion debia de ser de muchos mas medios, por ser tambien mucho mas considerable la potencia.